

El Huracán Sanitario

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR: HUBERTO DOMINGUEZ LOPEZ

AÑO III.

ALMAGRO, OCTUBRE DE 1932

NÚM. 28.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año 3'00 pesetas.

No se devuelven los originales

YO NO ASISTI AL BANQUETE

Para el Jefe del Gobierno de la República

No asistí al banquete con que los titulares-inspectores, o mejor dicho, sus representantes, obsequiaron al Jefe del Gobierno, no por falta de apetito ni por falta de deseos, sino porque hace tiempo ya, procuro evitar motivos de perturbaciones digestivas. Me suponía lo que iba a suceder y quise evitarme el mal rato de ser espectador en una comedia en la que, excepción hecha de uno, me eran perfectamente conocidos los restantes personajes. Además, que mi presencia allí, no obstante mi insignificancia, seguramente hubiera sido una contrariedad para los directores de escena y principales personajes de la obra.

Suponía yo, muy fundadamente, los apuros que habrían de pasar algunos de mis distinguidos compañeros y amigos entrañables, para decir cara a cara al Jefe de un Gobierno republicano lo que cara a cara también habían dicho al Ministro de Gobernación de un Gobierno dictatorial, hacía unos meses no más. No podía yo comprender de que rincón de su indumentaria podrían sacar tranquilidad para hablar en *republicano* quienes pocos meses antes habían figurado orgullosos en las filas del *upetismo*. Y menos aún podía imaginarme, que todas estas adulaciones, hipocresías e informalidades, se hicieran, ostentando la representación del Cuerpo de Titulares-Inspectores.

Y sin embargo, todo esto sucedió, haciendo gala los actores de una tranquilidad a prueba de delicadeza y de una irrespetuosidad sin precedentes para con sus infelices representados. El mismo Comité Ejecutivo que, poco tiempo ha, ofrecía sus huestes de médicos titulares asociados, en calidad de Ejército de vanguardia, al *General Sanitario* de una dictadura vergonzosa, ofrecía igualmente estas mismas huestes, aunque con bastante menos fogosidad, por boca de otro representante, al Jefe del Gobierno de la República. Los mismos hombres que, constituyendo el mismo Comité, aplaudían efusivamente al emisario a quien no hace mucho tiempo enviaban a Palacio a poner a sus representados bajo la espuela del Borbón, aplaudían ahora a rabiár a quien ofrecía al Jefe del Gobierno la adhesión incondicional a la República del Cuerpo de Titulares a quien dicen representar. La misma representación del Cuerpo de titulares, que inclinada servilmente ante una monarquía se ofrecía a colaborar con un Gobierno dictatorial para hacer Patria monárquica, se inclina hoy hipócritamente ante un Gobierno de la República, ofreciéndole su colaboración incondicional para hacer Patria republicana. Y todo esto, hecho hoy a los postres de un banquete, de modo igual a como se hacía ayer a la terminación de un acto cualquiera oficial.

¿Cuándo dirán la verdad estos enigmáticos compañeros que tan inmerecidamente nos representan, cuando decían a Martínez Anido lo que dicen hoy a Azaña o cuando dicen a Azaña lo que decían ayer a Martínez Anido? ¿Cuándo es cuando han encontrado esa entrañable amistad de que nos hablan ahora como nos hablaron antes, cuando visitaron al Ministro de la Gobernación de la dictadura o cuando han visitado al Jefe del Gobierno de la República? ¿Cuándo es, en fin de cuentas, cuando creen ellos que se hace Patria, cuando se ofrece colaboración a la monarquía o cuando se la ofrece a la República? ¡Cuánta farsa, cuánta hipocresía, cuánta adulación, cuanto servilismo, cuánta

mentira! Y todo ello hecho en nombre de un Cuerpo digno, honrado, noble, abnegado, sufrido, que nada sabe de cuanto por delegación suya, hacen unos representantes que con tanta irrespetuosidad lo tratan.

¿Es posible que el Cuerpo de titulares-inspectores sancione esta conducta? ¿Le representan de verdad quienes así proceden? No. Los titulares no pueden aprobar este juego. Esos pobres compañeros desparramados por esos pueblos de Dios, faltos de comunicación y sobrados de trabajo, son dignos, son honrados, son nobles, son sinceros y no pueden admitir la informalidad de que en nombre de ellos se diga hoy, lo contrario de lo que en su nombre también se dijo ayer. Cuando el Jefe del Gobierno se haya dado cuenta exacta de esta maniobra, es de absoluta necesidad que sepa que los titulares no tienen arte ni parte en ella, y que no son, por lo tanto, responsables de estas vergüenzas. Los titulares no hacen otra cosa que entregar su dinero para que sus representantes lo gasten y ya no saben más. Ellos no son culpables, son víctimas. Ellos solo entienden de trabajar y pagar. De estas otras habilidades nada saben.

Por eso los que por obligación vemos y tocamos estos hechos no podemos asistir a ciertos actos. Seguramente que el sonrojo que habrían de producirnos, nos haría devolver, no ya los succulentos manjares ingeridos, sino hasta la más recóndita porción de nuestra mucosa gástrica.

Esta y no otra es la poderosa razón de que yo no asistiera al banquete, contrariando mi voluntad y mis deseos.

Y los discursos pronunciados por mis compañeros demostraron con toda evidencia que no me había equivocado.

HUBERTO DOMÍNGUEZ